

Alfonso Casamajó

# NAPOLEÓN III

POR

IMBERT DE SAINT-AMAND

EDICION ILUSTRADA

TOMO PRIMERO

*P. Gutiérrez*

BARCELONA

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

CALLE DE ARAGÓN, NUMS. 309 Y 311

1898



*Napoléon Louis. 63*

LUIS NAPOLEÓN BONAPARTE

(según un dibujo de A. d'Orsay del año 1839)

DC 276  
IA  
v.1

---

ES PROPIEDAD DE LOS EDITORES

---



FONDO HISTORICO  
R CARDO COVARRUBIAS

155578

## NAPOLEÓN III

---

### INTRODUCCIÓN

---

Estamos á 15 de noviembre de 1895. Acompañado solamente por el guarda que me guía, visito el palacio de Compiègne, donde hace treinta años, día por día, felicité por su santo á la emperatriz Eugenia. Cada cual le ofrecía un ramillete y le besaba la mano, y ella manifestaba su agradecimiento con dulce y majestuosa sonrisa. Recorro todas las habitaciones del castillo. Aquí está la gran galería que servía de comedor, la sala donde la soberana tomaba te antes de comer en compañía de algunos amigos privilegiados, convidados de palabra por la mañana por una dama de palacio; más allá la sala de juego donde pasaba las veladas; luego el salón donde se reunían los invitados á las grandes cacerías. Circulo por las estancias en donde antes no penetraba nadie: el despacho y la alcoba del emperador, la cámara y el tocador de la emperatriz. ¡Qué contraste entre estos muebles, estos objetos de arte, estos cuadros que continúan siendo absolutamente los mismos, y las monarquías, los imperios, de los que ni ruinas quedan siquiera! Un pálido sol de otoño, que es como un vago reflejo de los esplendores desvanecidos, ilumina las salas desiertas.

Recuerdo que hace treinta años figuraban entre los convidados de la *serie* de Compiègne Fernando de Lesseps, Próspero Merimée, el barón Haussmann y el astrónomo Leverrier. Cierta día este célebre descubridor de un planeta dió á los huéspedes del castillo una conferencia sobre astronomía. Habló de la pluralidad de los mundos, y demostró que nuestra tierra no es más que un átomo apenas perceptible en la inmensidad del universo. Aún me parece estar oyendo al emperador cuando, al terminar esta lección, dijo lentamente con voz melancólica: «¡Qué poco somos, Dios mío!» Napoleón III tenía mucha razón, y la verdad es que deben repetirse estas palabras especialmente en los palacios, moradas tan instructivas como las iglesias y los cementerios.

En el castillo de Compiègne hay cerca de la capilla un saloncito llamado salón de las revistas, porque contiene dos cuadros que representan la sombra

del vencedor de Austerlitz pasando revista á soldados fantasmas. Así para el segundo imperio como para el primero hay ya revistas fantásticas y muchas evocaciones de ultratumba. ¿Qué es de los hombres de Estado, los generales, los diplomáticos, los literatos, los eruditos que brillaban en este palacio, tan animado en otro tiempo y hoy tan silencioso? Recuerdo los versículos de la *Imitación de Jesucristo*: «Decidme dónde están ahora esos maestros que habéis conocido y que florecieron durante su vida por su doctrina. Otros ocupan hoy su puesto, y no sé si piensan en sus predecesores. Mientras éstos vivieron se los tuvo en algo, y ahora se les ha olvidado. ¡Oh! ¡Cuán presto pasa la gloria de este mundo!»

Al recorrer las salas del palacio de Luis XIV, cuando las oficinas del ministerio de Estado, al que pertenezco, estaban instaladas allí en 1871, se me ocurrió la idea de escribir las *Mujeres de Versalles*. Al contemplar las ruinas de las Tullerías me he decidido á referir la vida de las soberanas y de las princesas que habitaron ese palacio funesto; las visitas que he hecho en estos últimos tiempos á los de Fontainebleau y de Compiègne me han determinado á ocuparme del segundo Imperio. Después de haber terminado, á la muerte de la reina María Amelia, el trigésimo sexto de los volúmenes que he dedicado á las *Mujeres de Versalles* y á las *Mujeres de las Tullerías*, me inclinaba á dar por terminada mi tarea, y temía abusar de la paciencia de un público que, con gran sorpresa mía, me había permanecido fiel por espacio de veinticinco años. Algunas personas, quizás demasiado benévolas, me han inducido á tomar de nuevo la pluma y á estudiar el segundo Imperio del mismo modo que había estudiado los períodos anteriores. Objetaba que quizás es demasiado pronto para hablar del reinado de Napoleón III; pero me contestaron que, al contrario, había llegado el momento de tratar de él y aprovechar los testimonios que pueden dar los contemporáneos del emperador que viven todavía. Antes del descubrimiento del vapor y de la electricidad, la historia podía esperar: hoy se apresura, y es posible que esta precipitación sea prenda de verdad. Cuando se habla de sucesos recientes, no se pueden aventurar hechos inexactos sin que sean inmediatamente contradichos. No sucede lo propio cuando se estudian épocas remotas; los errores que se cometen no pueden ser notados sino por un corto número de eruditos que, por lo general, se ocupan demasiado de sus propios trabajos para tener tiempo de hacer la crítica de los de los demás. En nuestros días puede decirse que la historia se escribe instantáneamente: es como una causa judicial á la cual se llama á declarar á los testigos oculares y auriculares.

Algunos amigos míos, so pretexto de que he visto de cerca la corte del segundo Imperio, me indujeron á escribir mis Memorias; pero ni por un instante se me ha ocurrido la idea de seguir tal consejo. Mi humilde carrera es demasiado obscura para que pueda envanecerme de interesar al público. En mi vida no hay ningún hecho digno de notoriedad. No he sido más que un simple espectador. Lo único que puedo hacer es contar cosas vistas y hablar de personajes ilustres con los cuales me he encontrado en relaciones; pero jamás mezclaré en

mis estudios mi personalidad. Me bastará reconstruir con el pensamiento las escenas alternativamente deslumbradoras y siniestras que tanto me llamaron la atención. He asistido á todos los actos del drama; he sido testigo de las apoteosis y también de los hundimientos. He visto á la emperatriz Eugenia yendo á la catedral de Nuestra Señora el día de su boda, y estaba muy cerca de ella en el mismo templo cuando asistió con su hijo al *Te Deum* cantado en acción de gracias por la victoria de Solferino. El pequeño príncipe tenía entonces tres años: aún me parece verle con su vestido blanco y su cinturón azul; mirando fijamente á su madre, cuyos movimientos seguía, se levantaba, se arrodillaba y se sentaba al mismo tiempo que ella. El coche en que la emperatriz y su hijo volvieron á las Tullerías estaba lleno de flores. Se me ha convidado á las grandes fiestas y á las fiestas íntimas de la corte, á esos bailes de trajes en que se presentaba la soberana con vestidos resplandecientes, y otras veces ocultaba su belleza bajo el antifaz y el dominó. He visto la Exposición universal de 1867, fastuoso apogeo de un reinado; luego los primeros síntomas de decadencia y después las fulminantes catástrofes. Testigo del nacimiento del segundo Imperio, lo he sido de su agonía, y desde las azoteas del ministerio de Negocios extranjeros he contemplado las turbas atravesando el puente de la Concordia para invadir el Cuerpo legislativo y pronunciar el destronamiento de Napoleón III y de su dinastía. Habiendo estado en relaciones con la mayoría de los hombres y de las mujeres célebres que brillaban en París durante mi juventud, me he encontrado, por decirlo así, en los primeros palcos para presenciar las funciones tan variadas y extraordinarias que se han desarrollado á mi vista y cuyo recuerdo desearía trazar.

No me hallo ya en la edad en que se pueden formar proyectos á largo plazo, y no sé si tendré el tiempo y el espacio necesarios para bosquejar un estudio completo de la sociedad parisiense del segundo Imperio. Me limitaré, pues, en el presente volumen á echar una rápida ojeada sobre los orígenes del emperador y de la emperatriz desde su nacimiento hasta su matrimonio.

La vida de Napoleón III antes de su advenimiento al trono ha sido ya objeto de muchos é importantes trabajos históricos. Citemos entre otras las obras de La Gorce, Blanchard Jerrold, Jorge Duval, Thirria, Fernando Giraudeau y Emilio Olivier. El conjunto de estas obras notables me ha sido muy útil. Damos las gracias y felicitamos á sus autores.

Sea cualquiera el juicio que pronuncie la posteridad sobre el segundo emperador, siempre se destaca un hecho incontestable, y es que por espacio de veintidós años fué el personaje más conspicuo del mundo entero. En la segunda mitad del siglo XIX no hay figura que más se imponga en la historia. Uno de los caracteres más curiosos de cuantos ésta ha examinado es sin duda el del vencedor de Solferino, del vencido de Sedán: de ese monarca cosmopolita más aún que francés, á la vez pensador y hombre de acción, alternativa y á veces simultáneamente demócrata y autócrata, trabajado ora por los prejuicios del pa-

sado, ora por las ideas nuevas, representante del cesarismo y, al fin de su reinado, campeón de las libertades parlamentarias, tomando por consejeros los hombres más opuestos por sus antecedentes y sus doctrinas, teniendo el aspecto de una esfinge y no adivinando siempre su propio enigma, activo bajo una apariencia indolente, apasionado á pesar de su flema imperturbable, enérgico con cierto aspecto de extremada dulzura, amante á la par que menospreciador de la humanidad, bueno para con los humildes y compasivo para con los pobres, preocupado muy seriamente en mejorar la suerte material y la moral del mayor número de gentes, víctima en fin de faltas ajenas y mejor que su sino. La República vituperará siempre al segundo emperador por haber dado el golpe de Estado y suspendido la libertad. No se podrán olvidar las grandes catástrofes que pusieron fin á su reinado. Se le recriminará por no haber permanecido fiel á su programa de Burdeos: «El imperio es la paz,» programa verdaderamente fecundo que le hubiera permitido realizar su ensueño: extinguir el pauperismo. Mas, por otra parte, se recordará que estuvo mezclado en todos los grandes asuntos de todos los puntos del globo; que abordó todos los problemas, suscitó todas las cuestiones; que sus águilas se cernieron victoriosas desde Pekín hasta Méjico; que consolidó el sufragio universal, proclamó el principio de la soberanía nacional y el de las nacionalidades; realizó en Italia, tal vez ¡ay! en detrimento de Francia, el sueño del Dante y de Maquiavelo; emancipó las pequeñas naciones de la península de los Balkanes; inauguró el sistema de la libertad comercial; buscó todo cuanto puede acercar y unir á los pueblos, y tomó del socialismo más de una reforma útil. Recordarése, por fin, que declaró que las naciones deben ser las árbitras de sus destinos y que procuró sustituir al antiguo sistema de conquistas la máxima «El derecho prevalece sobre la fuerza.» Las ideas de este soberano moderno y revolucionario, hombre de transición entre la antigua Monarquía y la República, han sido desarrolladas de una manera imperfecta, y la fortuna, cuyo favorito había sido largo tiempo, acabó por ser implacable para él. Pero su labor, aunque interrumpida, tiene algo de grande:

*Perdent opera interrupta, minaque  
Murorum ingentes.*

Otros llevarán tal vez á cabo lo que él había soñado inútilmente, y quizás llegue día en que la democracia haga lo que un César no pudo hacer.

La vida de un hombre cuyo destino ha sido tan imprevisto y extraño será objeto de innumerables trabajos históricos y dará lugar á las más contradictorias apreciaciones. Estoy persuadido de que el mejor modo de juzgar el carácter y el papel de Napoleón III consistiría en publicar íntegramente su correspondencia como lo ha sido la de Napoleón I, añadiendo todas sus obras literarias ó políticas, todas sus profesiones de fe, todos sus discursos del trono. Ahí se encontrarían elementos para una autobiografía esencialmente curiosa.

La historia se ocupa con preferencia de los personajes cuya carrera ha sido fecunda en contrastes y cuyo sino tiene algo de novelesco. Por esto la emperatriz Eugenia será una figura tan interesante como la de su esposo, no solamente con relación á su época, sino también á los siglos venideros. Símbolo viviente de las vicisitudes y de los sarcasmos de la suerte, ha sido sucesivamente brillante soberana, mujer dichosa, envidiada, adulada cual no otra, para venir á parar en *mater dolorosa*. Se hablará mucho de ella porque reúne en sí cuanto se necesita para cautivar la imaginación, y según la expresión de Napoleón I, la imaginación es la que gobierna el mundo. En el momento en que la noticia del enlace de la señorita de Montijo y de Napoleón III empezó á circular por París, alguien se apresuró á comunicarla á Lamartine, creyendo que éste la recibiría con disgusto y la criticaría acerbamente; pero, muy al contrario, el gran poeta exclamó: «El emperador acaba de realizar el sueño más hermoso de cuantos pueda hacer un hombre: elevar á la mujer á quien ama sobre todas las demás mujeres.» El amor elevó al trono á la emperatriz, y nada es más poético, nada más popular que el amor. La infortunada soberana ha llevado un cetro que las mujeres prefieren al de la realeza ó del imperio, el de la belleza. Ha encarnado en sí todas las alegrías lo mismo que todas las tristezas, y no hay en el mundo contraste más conmovedor que el que media entre sus fastuosos trajes de otro tiempo y sus tocas de viuda, su vestido de lana negra de hoy.

La emperatriz Eugenia es una mujer de dotes notabilísimas. Carácter verdaderamente español, apasionada por la religión y por la gloria, ama todo lo que es bello, caballeresco, heroico. Hay fuego en su imaginación y exaltación en su alma. Siempre la han seducido las cosas aventuradas; le gusta lo extraordinario. «Pertenezco, decía un día sonriendo, á la familia del Cid y á la de D. Quijote.» Se expresa con donaire, con vivacidad y á veces con elocuencia en la lengua de sus dos patrias. Cuando entabla una discusión política, histórica, literaria, la examina en todas sus fases, la agota. Su estilo es hijo del primer impulso, original, lleno de colorido y de imágenes. Su letra, clara y firme, indica un carácter lleno de energía. Lee mucho y se asimila fácilmente todo lo que lee. Es una naturaleza dotada de arranque que las grandes desgracias no han podido abatir y que se interesa aún por todo. Su vida ha transcurrido como un sueño, sueño dichoso que se ha convertido en horrible pesadilla; pero la emperatriz ha estado á la altura de su infortunio, y no creemos que haya habido viuda, ni madre privada de su único hijo, que más dignidad mostrara en su dolor.

Sería proceder como cortesano, adular á la soberana destronada y por consiguiente olvidar las consideraciones que se le deben, si dijéramos que en cuestiones políticas no se ha equivocado á menudo. Pero lo que se puede afirmar es que siempre se ha equivocado de buena fe y que sus errores han sido hijos de sentimientos nobles y generosos. Por esto inspira hasta á los más acérrimos adversarios del régimen imperial un sentimiento de conmiseración y de respeto.

Muchas personas que eran severas para la soberana triunfante se enternecen

ante la mujer desgraciada. Por el exceso mismo de las catástrofes cuyo peso la ennoblece, la viuda de Napoleón III ha desarmado á la envidia, y cuando atraviesa la ciudad en que reinaba en otro tiempo con tanto esplendor, hay entre todos los partidos y en todos los periódicos como un acuerdo tácito, una tregua de Dios, para huir de afligirla. Los escritores han vacilado largo tiempo en hablar de ella; temían turbar su dolor. Pero hoy que el movimiento histórico se encamina hacia el reinado de Napoleón III, es imposible que su compañera deje de figurar en la historia. La emperatriz ha desempeñado un papel sobrado activo, ha ejercido una influencia demasiado grande para que se pueda prescindir de ella en relatos en los que ocupará necesariamente, y quizás á pesar suyo, un puesto muy importante. Hoy, en que la psicología se une de un modo tan íntimo á la historia y en que los historiadores, sin dejar de respetar escrupulosamente la verdad, procuran dar á sus narraciones la animación y el atractivo de la novela, una figura como la de la emperatriz Eugenia se impondrá á las investigaciones más profundas y más concienzudas. Se estudiará, por decirlo así, con un cristal de aumento, los menores detalles de su existencia; se coleccionarán sus retratos, sus cartas; se consignarán sus más nimias acciones, sus palabras. Excitará la misma curiosidad que María Antonieta; se describirán las fiestas de las Tullerías, de Fontainebleau y de Compiègne como las de Versalles y del Pequeño Trianón. De cuantas mujeres han desempeñado un papel en la segunda mitad del siglo XIX, la emperatriz Eugenia es, en nuestro concepto, aquella de quien más se ocupará la posteridad. Si el Imperio no hubiera sido derribado, seguramente tendría menos prestigio. ¿Quién inspirará mayor interés á las generaciones futuras? ¿La desposada en la iglesia de Nuestra Señora? ¿La castellana de las Tullerías? ¿La mujer intrépida que en el momento en que acaban de estallar las bombas Orsini, sube pálida, pero impasible, la escalinata del teatro de la Opera, apoyando un brazo en el del emperador y levantando con el otro la cola de su vestido ensangrentado? ¿La soberana, émula de las hermanas de Caridad, que en el momento en que sale del hospital de San Antonio, adonde ha ido á visitar á los coléricos, ve que las mujeres del pueblo, admiradoras de su valor, corren á su encuentro para cortar los volantes de su vestido y conservarlos como reliquias? ¿Es la Juno descollando cuando la Exposición de 1867 en un Olimpo de emperadores y de reyes? ¿Es la maga coronada que, cual fantástica aparición, preside las fiestas orientales con que se celebra la apertura del canal de Suez? No; es la madre que se arrodilla y reza en el Zululand, en el sitio mismo en que su hijo, después de luchar como un león joven, ha sucumbido. Lo que la posteridad mirará con preferencia en la cabeza de la emperatriz no es una corona imperial, sino una corona de espinas.

No tenemos la pretensión de escribir una historia definitiva de la última mujer de las Tullerías. Para llevar á cabo semejante tarea, necesitaríamos el talento de que carecemos. Nos proponemos únicamente publicar, relativamente á la viuda de Napoleón III y á la sociedad que la rodeó, un modesto ensayo análogo á

nuestros estudios precedentes sobre las otras heroínas del palacio fatal, del que han desaparecido hasta las ruinas. Hasta aquí hemos hablado de las dinastías que han reinado en Francia, y en nuestras apreciaciones sobre las monarquías no ha habido nada que pueda ofender la conciencia de los republicanos. Creemos que nuestro único mérito ha consistido en una imparcialidad absoluta, puesto que hemos alabado lo bueno y censurado lo malo. Esta sinceridad absoluta continuará sirviéndonos de norma. Por lo demás, en una época de fiscalización y de publicidad desmedida como la nuestra no se puede ser parcial impunemente. Los sucesos que deberemos narrar no han ocurrido ha tanto tiempo que podamos desfigurarlos. Lo que intentaremos hacer es, no una apología, sino una reproducción fotográfica, por decirlo así, de las personas y de las cosas. El tiempo de los cortesanos ha pasado, y ya no hay más que una sola autoridad ante la cual debemos inclinar todos la cabeza: la verdad.

Compiègne, 15 de noviembre de 1895.